

SALVADOR JACINTO POLO DE MEDINA

LOS NARANJOS

**P**OMOS de olor son al prado,  
En el brasero del Sol,  
Estos naranjos hermosos,  
Que ámbar exhala su flor.  
Perpetua esmeralda bella,  
Donde en numerosa voz,  
Mil parlerías nos canta  
El bachiller Ruiseñor.  
Entre cuyas tiernas hojas  
Las flores que Abril formó  
De estrellas breves de nieve  
Racimos fragantes son.  
Metamorfóseos del tiempo,  
Que, en dulce transformación,  
Hará topacios mañana  
Los que son diamantes hoy;  
A cuyas libreas verdes  
Dan vistosa guarnición  
Ramilletes de cristal,  
Fragantísimo candor.  
Rico mineral del valle,  
Adonde franco nos dió  
Oro el Enero encogido,  
Plata el Mayo ostentador.



**P**ERTENECE este romance a la primera de las *Academias del Jardín* del gran poeta murciano. Describe el escenario o marco de sus academias, de las reuniones literarias y artísticas que tenían lugar en el Jardín de Espinardo.

«Está la Villa de Espinardo—dice—media legua de nuestra muy Noble y muy Leal Ciudad de Murcia por la parte de Septentrión; y más levantado en aquella parte, por alcanzar algo de sierra, presidiendo en lo alto, es dueño de toda la selva; bellísimo huerto de la ínclita Murcia».

La traza y la disposición del jardín ocupan, en verso y prosa, esas primeras páginas de las *Academias* y dan pie al elogio de flores y árboles propios de la vega murciana. Entre ellos, *Los naranjos* precedidos de unas líneas en prosa: «A divertido paseo convida luego de las cuatro calles del Jardín, las tres primeras que pretendiendo el mejor adorno cada una, pararon en una misma compostura, por conseguir la postrera victoria de la gala, enluciendo sus paredes de afeitados naranjos, acreditando a la puntual medida de la tijera lo encuadrado de sus hojas. Las paredes fronteras obraron también robustos, y el más gallardo de todos guarda fiel estos versos [los arriba transcritos], que en un mármol impresos fiaron a una rama de su tronco».

Se trata pues de un típico jardín levantino, penetrado de huerta, en el que la flor alterna junto al árbol frutal, en densa acumulación barroca, por la que corre, sin embargo, un airecillo predieciochesco, rococó, el de «la puntual medida de la tijera», el del recorte geométrico de la despeinada vegetación, reducida aquí a «afeitados naranjos». Frente a ellos Polo de Medina despliega su ingenio, y con vocabulario e imágenes muy de su época va apesando en sus versos, la fragancia, el color e incluso el sonido de los árboles, ya que el oculto cantar nocturno de los ruiseñores parece identificarse con el nunca desvaído esmeralda de las hojas del naranjo.

De todos los elementos que una sensibilidad, una sensorialidad de signo barroco, extrae de la grácil arquitectura de un naranjal, Polo de Medina insiste en los colorísticos, como todo lector puede comprobar a la vista del romance. Que entre esos colores—verde brillante de la hoja, encendidamente dorado del fruto, blanco líquido, cristalino de la flor—se deslicen alusiones al olor, a la fragancia del árbol, no impide que los toques de color sean los más abundantes, hasta un punto tal que toda la imaginería, toda la carga culterana, humanística del poema está por ellos sostenida. Es la viva y cambiante tonalidad cromática de los naranjos la que permite a Polo de Medina calificarlos cultamente de «Metamorfóseos del tiempo»; la que le incita al juego de contrastes de colores, piedras preciosas y estaciones del año; la que promueve esa paradoja bellísima de apretar el encendimiento del oro en el frío de un enero, y congelar el brillo de la plata en la cálida ostentación primaveral de mayo.



El tiempo, ese *leitmotiv* barroco siempre audible, perceptible en nuestra mejor literatura del XVII, discurre aquí entre la flor, el fruto y las hojas del naranjo, mudando colores, jugando a la magia de las metamorfosis, a la ronda de las estaciones, de los fríos y de los fuegos, del blanco y del rojo.

No cabe, en los estrechos límites de una nota, perseguir el tema del naranjo en la literatura española. Sí, en cambio, parece imprescindible aludir, para cerrar tan breve comentario, a la presencia de ese árbol frutal en la prosa de tres conocidos escritores, levantinos también: Blasco Ibáñez, Gabriel Miró y Azorín.

Junto a la actitud barroca de Polo de Medina, y la impresionista de Miró y Azorín, la naturalista de Blasco Ibáñez. Que éste en *Entre naranjos* maneje imágenes casi premodernistas, elaboradamente sensuales para describir tales árboles, y que los convierta, incluso, en símbolo vital, en espesísimo marco erótico de una pasión nacida bajo su aroma, no excluye la presencia del dato inequívocamente naturalista, positivista o como quiera llamarse. Podrá hablar el narrador valenciano de «inflamados naranjos», «oleaje aterciopelado», «caras de fuego» y hasta de «los naranjos, cubiertos desde el tronco a la cima de blancas florecillas con la nitidez del marfil [...], árboles de cristal helado»; pero junto a todo esto aparece el mundo del comercio, la exportación de naranjas: «retumbaban los martillos sobre los cajones de madera, y en oleadas salían hacia Francia e Inglaterra los hijas del Mediodía, aquellas cápsulas de piel de oro repletas de dulce jugo que parecía miel del sol»; descripción en la que encontramos, incluso, algún rastro propio de la pedantería naturalista al uso. De un personaje se dice: «Tenía en los alrededores de Alcira almacenes enormes como iglesias, donde ejércitos de muchachas empapelaban, cantando, las naranjas, y cuadrillas de carpinteros martilleaban día y noche en la blanca madera de las cajas de exportación». Claro es que el mundo de las naranjas no se reduce a esto, en la novela de Blasco Ibáñez, pero encontrar tales alusiones en ella resulta significativo en cuanto al signo naturalista de la época y del autor.

Por otra parte, el erotismo, la sensualidad de que Blasco Ibáñez carga sus naranjales parece abrir el camino a Gabriel Miró. Recuérdese una escena de la novela de Blasco en que Rafael, viendo a Leonora comer una naranja —«crujían los gajos entre sus dientes y el líquido de color de ámbar rezumaba, cayendo a gotas por la comisura de sus labios carnosos y rojos»—, no puede evitar el besarla; y compárese con aquel capítulo de *El obispo leproso* en que un fruto ácido también, un limón, juega un importante papel erótico entre Pablo y María Fulgencia: «La fruta juntaba sus manos y sus respiraciones. Recibían y transpiraban el mismo aroma, pulverizado en el aire húmedo y ácido de su risa».

A Miró, pues, más que los valores cromáticos de la fruta—de las naranjas, por tanto—parecen interesarle los gustativos, olfativos, táctiles, los más henchidos de sensualidad. Por eso en *Nuestro Padre San Daniel*



puede hablar del olor de naranjos como de «un olor de perdición»; por eso en *El obispo leproso* unos naranjos en flor sirven de marco a una escena de libertinaje de los ingenieros venidos a Oleza con la *Argelina*. En la misma novela, una novia es comparada «con un naranjo en flor», y el aroma de éste siempre figura entre los calificables de cálidos. Por lo mismo—flor y fragancia—se habla en *Bethlem* de «naranjos siempre nupciales». Y en las *Figuras de la Pasión* los olores del naranjal caen en la tarde «como una fruta caliente».

Color, arquitectura arbórea, fragancia y alusión erótica se mezclan en esta bella descripción de *Años y Leguas*: «toda fué de naranjos, naranjos antiguos; sus troncos y ramas, como los pilares y bóvedas de una catedral. El olor de sus flores llevaba hasta muy lejos una emoción de bodas, de delicias de jardines; los montones de la fruta eran como colinas de sol».

El simbolismo erótico de *Entre naranjos* da paso, en Miró, a una bien matizada sensualidad que se exagera frente a la piel herida o llagada. En las *Figuras de la Pasión* un soldado romano muerde una naranja que gotea «dulce en la úlcera de un niño».

*Azorín* en un bellissimo capítulo de *Valencia*, titulado *El alba en el naranjal*, impone orden y belleza en ese recinto de árboles, colores y aromas. Aun moviéndose, posiblemente, en una línea impresionista próxima a la de Miró—pero expresada de forma muy diversa—, la complejidad sensorial, el sinestésico fundir aromas, luces, sonidos de Miró, nada tienen que ver con la nitidez descriptiva de *Azorín*, ordenador de acentos, colores, líneas, fragancias.

Nada tan pulcro, tan limpio como la descripción del naranjal azoriniano, visto en las primeras horas de la mañana, en el abrirse del día, cuando todo, cielo, tierra, atmósfera, olores tienen la limpieza, la tersura de lo virginal e intocado: «Y ahora nos hemos levantado temprano para gozar del alba. El naranjal parece monótono y es vario. Nos hallamos muy lejos del bosque espeso y misterioso del Norte, o de las navas castellanas, o de los trigales de Tierra de Campos y de la Mancha, o de los cuadros de flores y árboles fructíferos de la misma Valencia. El naranjal es simétrico. La tierra está limpia, sin una hierbecita. Las acequias distribuidoras del agua tienen los rebordes alisados con primor. Y en esta tierra pulcra y limpia el naranjo se levanta y esponja orgulloso, aristocrático. El nos suele dar flor y fruto al mismo tiempo. La flor es blanca, carnosa, de un aroma que embriaga. Y su zumo aplaca nuestros nervios en las crisis dolorosas. El fruto son esferas áureas, en su mejor clase, de piel delgada, lustrosa y con la carne henchida de abundante jugo, ni dulce, ni agrio, carne suavísima, pletórica de fuerza vital, que llena voluptuosamente nuestra boca».

¡Qué admirable limpieza y rigor en esta estampa azoriniana! Si Blasco Ibáñez buscaba las horas nocturnas de la primavera levantina para que sus naranjas esparcieran, bajo las estrellas, su mensaje amoro-



so y sensual; y si Miró, por el contrario, gustaba de sentir la carnalidad de los naranjales bajo la luz del sol ardiendo en sus frutos; *Azorín* elige la hora que ni es noche ni día, estrellas ni sol, el momento depurador de toda sensualidad, el instante de acendrada limpieza, aquel en que, a la luz del alba, un árbol puede ser llamado «aristocrático». En la descripción azoriniana todos los elementos aparecen rigurosamente ordenados. De la tierra al naranjo y de éste a su flor y a su fruto. Sólo al llegar a él aparece la nota cálida y sensual, traducida en ese sucederse de adjetivos. Pues siempre que en la obra de *Azorín*, tan parca en ellos, aparezcan con cierta insistencia, no hay duda de que tras ellos vibra una nota afectiva o delicadamente sensual, la que aquí palpita tras el encendido elogio de la naranja.

La bella geometría metafórica de Polo de Medina ha quedado muy lejos, tras este breve recorrido. De la sola consideración plástica del árbol —cambiante en colores y luces— a la sensualidad mironiana, pasando por el simbolismo erótico y el dato naturalista de Blasco Ibáñez, y recalando al fin en la aleación de nítido rigor y templado toque sensual de *Azorín*, el naranjo barroco de Espinardo ha sufrido más metamorfosis de las que Polo de Medina veía en él. Pero, de una forma u otra, como color, fragancia, símbolo apasionado o ademán de ternura, ahí queda en pie la gracia de un árbol muy levantino y muy literario.

*(Nota de Mariano Baquero Goyanes)*

